

NEXUS CANARIAS

El arte carece de fronteras naturales
Su propio devenir certifica el naufragio de la identidad blindada.

El arte no tiene banderas ni límites,
Aunque algunos lo agiten y veneren y otros
Se hieran con el filo de sus abismos ignotos.

Esto es lo que hemos venido mostrando
Desde que nos hicimos cargo de la dirección de ATLÁNTICA

Hace ahora ocho números.

Nada de eso va a cambiar porque, como el CAAM,

Nació como isla a la que arriban

Olas de todos los mares, de otras

Muchas orillas.

No obstante, nuestra prioridad, atención y orientación universal

De ningún modo nos impide abordarnos a nosotros mismos,

Interrogar nuestra historia, nuestro presente y ser espejo interior.

Al contrario, nuestra reflexión es una demanda consecuente.

Hasta ahora hemos explorado anárquicamente nuestro territorio propio,

En función de los trabajos que llegaban ante las puertas abiertas de casa.

En adelante, la introspección y la autocrítica tendrán un espacio permanente y propio:

Una sección (que no separata) en nuestro índice.

Un espacio, por consiguiente, permeable, no aislado,

Próximo, aunque sujeto a los mismos conceptos de pluralidad,

Contraste y diálogo entre diversos que han significado nuestros signos

De identidad universal, como encrucijada de continentes y culturas.

Antonio Zaya



Una reflexión melancólica sobre el tiempo perdido

Esta frase –que pertenece al texto “Supervivencia o Renacimiento” del historiador y crítico de arte canario Fernando Castro, y que se incluye en el catálogo de la exposición *Desde los setenta*, comisariada por el también crítico canario Carlos Díaz-Bertrana– probablemente no sería un justo resumen de cuanto se ha producido artísticamente en Canarias durante los años setenta.

Aunque en mi texto, que acompaña a

los de los mencionados colegas y amigos, también recojo ese estado de ánimo y esta frase esté fuera de contexto, voy a tratar de ahondar más en esta polémica generación, procurando añadir nuevas perspectivas para su análisis que no acaban, desde luego, con esta exposición. El propio Fernando Castro ya nos adelantó su propuesta sobre los setenta en la muestra, igualmente producida por el CAAM, *El Museo Imaginado*. Pero ¿es preciso realizar esta segunda exposición o una tercera e incluso otras habiendo perdido el tiempo?



Vista de la exposición realizada en el CAAM *Desde los setenta*. Artistas canarios. Obras de Ernesto Valcárcel y Rafael Monagas.

Quizá no hemos perdido el tiempo, aunque siempre sean necesarias nuevas lecturas que aborden la complejidad de un colectivo que, sin ser un grupo propiamente dicho, tiene los perfiles de un equipo si atendemos a sus itinerarios comunes, cuando no idénticos. En cualquier caso no es ésta ni la segunda ni la tercera vez que la mayoría de estos artistas que están al borde de los cincuenta exponen conjuntamente.

No será tampoco la última. ¿Y por qué razón tanto Fernando Castro, como Díaz-Bertrana y yo mismo reunimos a estos artistas tan dispares, una y otra vez? ¿Por la edad? ¿Por la amistad? ¿Son estos conceptos legítimos para establecer una propuesta expositiva? No entiendo, no obstante, que alguien pueda prescindir de su experiencia en el arte, pero menos de su experiencia en la vida. Cuando arte y vida se confunden, aun resulta, más que incomprensible, imposible deshacerse de uno mismo, salvo a costa de renunciar a todo.

Desde los setenta. Artistas canarios. Obras de Juan Hernández y Ramón Díaz Padilla.





Desde los setenta. Artistas canarios. Obras de Juan López Salvador y Leopoldo Emperador.

Entonces, ¿qué sentido tiene este titular? Subrayar ese tiempo perdido, las horas desconocidas de una experiencia común en unas islas frente al Sahara después del 68, en la agonía del franquismo, en la distancia y el cautiverio que cada uno proyecta, según su capacidad, su conocimiento y su *karma*.

En cualquier caso, estos elementos de encrucijada geográfica y cultural en los que se debaten estos artistas (que no son todos los que están ni están todos los que son), sumados a la transición política española, que se produce en la mitad de los setenta, posan todavía como lenguas de fuego sobre las manos y cabezas de nuestra generación.

Los restos desarticulados de un sistema totalitario construyeron la plataforma sobre la que se erigió el idilio social de estos artistas con la sociedad, el "mecenazgo político" y la propaganda ulterior. La dimensión de ese respaldo político, democrático pero incipiente, a esta

generación artística vició hasta el tutelaje y el aburguesamiento tanto el discurso, que se interiorizó hasta lo metafísico, como la independencia del mismo. Semejante docilidad contrastaba con la rabiosa pasión con que se defendía la utopía por la que éramos del interés público durante la dictadura.

Esta generación, que es la mía, me recuerda al soldado que durante el periodo de guerra fue entrenado en la filosofía de la guerra y cuando estuvo preparado para entrar en acción vino la paz. Algunos artistas se autoinmolan con frenesí para conocer en vida la posteridad. Es una cuestión de tiempo. De desajuste y no de desgaste, que es otra importante cuestión. Siempre el tiempo, pero ¿nos referimos al tiempo perdido o al tiempo que aún nos queda, ignoto, y que no queremos



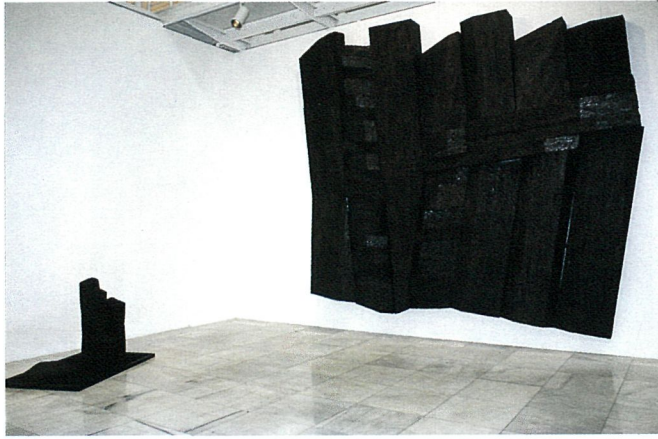
Desde los setenta. Artistas canarios. Instalación de Leopoldo Emperador.

asumir como propio ante la renuncia a exponer nuestro verdadero rostro a cambio de conservar el apoyo público?

Esta generación se ha quedado sin preguntas por su propio y largo silencio y se debate en su propia práctica inerte, detenida para mirar hacia atrás la sombra que cada cual arrastra.

No obstante, sus brazos múltiples, su identidad múltiple, nos ofrece una panorámica inédita de la falsa identidad estancada y monolítica, folklórica, que ha circulado como moneda de cambio.

Después de la euforia y el delirio de grandeza de los primeros años, no vinieron sus hermanos, el entusiasmo y la pasión, sino lógicamente la calma, aunque esa quietud estaba tomando un aspecto de cadáver, arropado por una fama efímera y una economía volátil. Sin infraestructuras mínimas, por la falta de costumbre, sin coleccionistas, aunque hubiera excepciones, sin galerías, aunque todo pivotara en tor-



Desde los setenta. Artistas canarios. Obras de Juan López Salvador.

no a algunas de ellas, la actitud de estos artistas fue heroica. Pero ni había mercado ni esta generación estaba preparada para el mercado, la competencia y la crítica. Si todavía hoy algunos viven tiempos de confusión en la comunidad artística de Canarias, aparte del efecto dominado por la crisis del mercado internacional, se debe también a la convivencia no jerárquica de lo profesional con lo oficial, lo político y la mera intrusión comercial o propagandística. Todas estas redes circulan a la vez, lo que configura un tupido entramado fragmentario y aleatorio que con la adecuada distancia dibuja un rostro nítido, múltiple, mestizo, promiscuo, igualitario, donde no cuentan las cotas ni cumbres sino los emisores individuales de cualquier frecuencia, un saco sin fondo donde lo mismo valen churras que merinas. Ese carácter anárquico y cosmopolita, frívolo, melancólico y hasta pintoresco subraya la diversidad de opciones y tendencias epigónicas del surrealismo principalmente, pero también del arte conceptual, del povera y más recientemente del naturalismo novecentista. Una estrategia que emula la dinámica de las tendencias mayoritarias pero que se advierten huecas, inadecuadas, cuando ni hay demanda y la oferta de recambio se anticipa a la consolidación y asimilación del mercado provinciano en el que aún nos debatimos.

En todo caso se corre el peligro de que aún no habiendo asimilado lo contemporáneo queramos desdeñar la modernidad. Esto confirmaría necesariamente el colapso cultural si no se pone remedio, no solo por el agotamiento de la falsificación sino también por la irrupción de nuevos centros que, como el CAAM, cumplen una función polivalente, museística, pedagógica, difusora, reflexiva y autocrítica con



Desde los setenta. Artistas canarios. Obra de Juan López Salvador.

su entorno propio, peculiar, y acaso menos aislado desde su fundación, empeñado como está en debatir y alentar no únicamente nuestras constantes y logros sino, más allá de la supervivencia, un renacimiento artístico capaz de hacerse oír con un discurso necesariamente mestizo.

Hablar de la orfandad de los setenta parece una ironía o un sarcasmo, porque probablemente sea el colectivo artístico que en Canarias ha gozado de mayor apoyo público. Pero es cierto que, aunque esta generación detenta el poder moral, como poder fáctico carece de adeptos más allá de su enclave local. Muchos de ellos se sienten como si hubieran sucumbido en su propia infancia, demasiado pronto, como Juan Hernández y Cándido Camacho, que perdieron la vida en el camino.

Es esta generación de los setenta, y en última instancia, un co-



Desde los setenta. Artistas canarios. Obra de Juan Bordes.



Desde los setenta. Artistas canarios.
Obras de Alfonso Crujera y Fernando Álamo.

Desde los setenta. Artistas canarios.
Obras de Juan José Gil.



lectivo al que volveremos una y otra vez en este final de siglo convulso y sorprendente porque es el paradigma de nuestro tiempo global, cosmopolita y parroquial, lleno de miserias y mezquindades en este entretenimiento de espectáculo y arte, de mentiras bien dichas y verdades malogradas por la incomprensión. Es más fácil sobrevivir que renacer, pero también menos efectivo y arriesgado. En la supervivencia reside la mediocridad, como en el renacimiento el entusiasmo. No obstante entre la cobardía y el quiero y no puedo seguramente se ha

frustrado la mejor oportunidad de nuestra historia reciente, una oportunidad que el CAAM ha sabido encauzar en sus adecuados términos, volviendo una y otra vez al análisis de las constantes como de las variables que unos y otros hemos articulado en torno a esta generación, al otro lado del espejo, donde nadie se reconoce a sí mismo, lo que a la postre constituye, en mi opinión, la auténtica naturaleza del problema.

A. Z.